

—La fatalidad! la fatalidad! murmuró don Fernando; lo que no ha podido hacer el bronce en su tormenta, lo ha hecho la miserable oruga en el silencio de la noche.... El dedo de Dios

—La saña del destino! gritó el aventurero, y sin despedirse de su cómplice, se alejó como el demonio del crimen entre las sombras de la tempestad

CAPÍTULO VIII.

Donde se prueba que la muerte es como el rayo, se descarga sobre los puntos mas elevados.

I.

Habian trascurrido cuatro dias desde que el infame aventurero habia dado el filtro venenoso al general Zaragoza, cuando comenzó á notarse en su semblante algo de extraño y descompuesto que alarmó á las personas que le rodeaban.

Zaragoza no había dicho una sola palabra de su enfermedad hasta que ya se rindió á la dolencia del mal terrible que le invadia.

Los síntomas de la fiebre aparecieron, y ya el general no pudo sostenerse en pie.

Los médicos opinaron por trasladarlo á Puebla y en medio de chubascos terribles llegó el dia 4 á la ciudad.

El dia 5 lo pasó en su entero conocimiento, y aun presentaba síntomas mas felices que auguraban una pronta reaccion.

El Estado Mayor del general estaba rodeado de su lecho, y

las antecasas de la casa llenas de jefes, oficiales y personas distinguidas de la población.

Los patios estaban continuamente ocupados por el pueblo, ávido de saber algo sobre la salud de su querido general.

La nación entera, que recibió la noticia por el telégrafo, estaba llena de ansiedad presintiendo una desgracia.

El ejército se había hecho sombrío, y en los cuarteles reina un silencio profundo; creían que el alborozo y la algarabía eran un insulto á su caudillo.

II.

III. CONTINUACIÓN

El día 6, como á las once de la mañana, entró el delirio que con ligeros intervalos acompañó á Zaragoza hasta sus últimos instantes.

Comenzó por pedir sus botas de montar, sus armas y sus caballos.

Como nadie respondiese á sus órdenes, se exaltó terriblemente, y gritaba con toda su fuerza:

—Yo tengo una patria á quien defender, necesito sacrificarme por ella!... Mi caballo!... mis armas!... Ya Coronado (un jefe que hacía tres años había muerto en campaña), está en Quecholac, le impediré su incorporación con los franceses, es necesario batirlo!... Hola, señores generales! esa tropa lista, esas columnas sobre el campo, esa artillería á su puesto, la hora ha llegado!...

Jadeante de fatiga se dejó caer en los almohadones del lecho y su pensamiento tomó otro giro.

—Quién lo había de creer? continuó, el más fiel de mis soldados, Martínez, se ha pasado á los franceses.

Pablo Martínez arrojó el sombrero contra el suelo y dijo llorando:

—Aquí estoy, mi general, yo no me separaré nunca de usted. Zaragoza no lo conocía.

Presa de una ansiedad terrible, le dominaba la idea de recorrer su campamento y hacer los preparativos de una próxima batalla.

Probó á levantarse.

Entonces uno de sus ayudantes, le dijo:

—Hay orden de que no se mueva usted, mi general.

—Cómo! estoy prisionero?

—Sí, mi general, contestó el ayudante procurando por este medio sosegarle.

Zaragoza se quedó profundamente pensativo.

En esos momentos pasaba por la calle una guardia tocando marcha.

Zaragoza se incorporó en el lecho.

—Ya vienen á buscarme, dijo con serenidad; me van á fusilar, está bien; pero cuidado con el que se atreva á tocarme á alguno de mis ayudantes; á ellos no! dijo con un acento terrible acompañado de una actitud imponente... Vamos, estoy dispuesto; pero pronto, que el viento y la lluvia me azotan sin compasión!

Los ayudantes lloraban en silencio ante aquella muestra de profundo cariño.

III.

Abrióse la puerta del aposento y entró una anciana que se acercó al lecho del enfermo.

Descubrió el rostro de Zaragoza, y dijo con acento de honda ternura.

—Ignacio!... Ignacio!... Zaragoza escuchó aquella voz y se estremeció.

En medio del delirio aquel eco resonaba en su corazón con el timbre de un ángel.

—Hijo mío! continuó la anciana, no me conoces?

—Madre! dijo Zaragoza fijando sus inquietas pupilas en el semblante dolorido de aquella anciana, en cuyas entrañas había recibido el soplo de esa existencia próxima á apagarse.

Aquella infeliz madre, sin temor alguno al contagio, reclinó su frente en el pecho del general y comenzó á llorar amargamente. —Quién se oye bromear.

Tomó entre sus manos la cabeza de su hijo y la besó con ternura.

Despues el rechó la mano del enfermo entre las suyas.

Entonces Zaragoza la oprimio, diciendo:

—Bien, estoy satisfecho, he visto batir á ese cuerpo con una arrogancia digna de los buenos hijos de México.... Pero, no he dicho que mis armas?.... tendré que repetir cien veces una orden? mi caballo!.... mi espada!.... el enemigo está á la vista!

Comenzó una lucha entre el febricitante que quería a toda costa salir del aposento, y las personas que lo cuidaban.

Hizo un esfuerzo desesperado y se levantó al fin, mantuvose rígido algunos instantes con las miradas fijas, inmóviles; quiso avanzar y se desplomó como herido por un rayo.

Los médicos declararon que el general Zaragoza había entrado en el último período del tifus, y que se moría irremisiblemente.

Despues de algunos debates, un médico extrangero opino por la sangría, que fué aplicada sin éxito al general.

—Estoy herido, no vale la pena, gritaba Zaragoza, aun pude combatir y combatiré hasta el último momento!

11

El dia 7 fué terrible, el delirio continuaba con mas exaltacion, y no se habia logrado ni un intervalo de lucidez ni de reposo.

Zaragoza no había dormido un solo momento, aquella crisis no podía prolongarse.

Amaneció el dia 8 de Setiembre, Zaragoza que se había rendido unos instantes á la fatiga, fué acometido del último vértigo que precedió á su muerte.

Su espíritu fué arrebatado á los campos de la lid en el espejismo misterioso del pensamiento.

—Ha sonado el cañon!---- general Berriozábal, no hay mas que avanzar con esas columnas por el centro!---- General Negrete, á forzar la linea izquierda!---- Porfirio Diaz, adelante con esos batallones---- ya---- ya avanzan, ellos son---- ¿Dónde está el viento que no disipa las nubes de la pólvora para ver á mis soldados?---- oigo el clarin---- fuego---- fuego! allí está---- qué hermoso es el estandarte de la patria!---- como lo arrebata el bronce de la metralla---- Un ayudante, un ayudante!---- Ya huyen---- ya se dispersan por la cumbre de Guadalupe---- victoria!---- victoria!---- patria mia!

Dejó caer la cabeza y sus ojos se cerraron por unos momentos.

Leyantóse como impulsado por una fuerza desconocida:

—Avisen á Carbajal, que está situado en Amozoc, que recoja á los dispersos _____ ni uno solo, ni uno deje pasar _____ adelante! _____ Se desprenden otra vez como una masa de hierro _____ las bayonetas lucen á los rayos del sol _____ pero ese sol es mio! _____ es el sol de Mayo! _____ el sol de los recuerdos y de la victoria! _____ el astro de la patria! _____

Hundióse en un parasismo que anunciable ya la proximidad de la muerte.

Despues, su voz que hasta entonces fué un timbre armónico, se fué extinguiendo pausadamente:

—Méjico! — tu nombre está muy alto — en las glorias del mundo! — ahí está el campo lleno de cadáveres — ¡cuántos de mis soldados han desaparecido! — pero la patria... patria mia!

Apagóse su voz y sus labios comenzaron á moverse como queriendo pronunciar las últimas palabras.

Serenóse su frente, su mirada volvió al reposo habitual.

Acaso daba estrecha cuenta al Todopoderoso de sus acciones sobre la tierra.

Apareció en sus labios una sonrisa apacible, cruzó por su semblante una nube vaporosa de calma que sombreó su espíritu, sus ojos se cerraron y del fondo de su pecho se arrancó el último aliento.

Zaragoza, ceñido con su laurel de gloria, llamó á las puertas del mundo de los héroes, detúvose unos momentos á hablar con Dios, y con atrevida planta penetró en el dintel eterno.

Los cañones que saludaron victorioso al héroe del 5 de Mayo, anunciaron al mundo desde la cumbre de Guadalupe, con un eco solemne y magestuoso, que el general Zaragoza había dejado de existir.

La última palabra de Napoleon fué *ejército*.

La última palabra de Zaragoza fué *patria*.

Todos los cabos del ejército rodeaban aquel lecho mortuorio.

Luego que se apagó aquella vida gigante al peso mismo de su grandeza, el luto y la desolación cayeron como una tormenta sobre el corazón de los soldados.

Aquellos soldados que habían acompañado al bravo general en las vicisitudes de las campañas, y sin abatirse por los sufrimientos, lloraban como unos niños delante del cadáver del general que ya no podía consolarlos en sus dolores, ni animarlos con su ejemplo.

Disputábanse el honor de hacerle la última guardia.

Pusieronle todos los arreos é insignias de su rango, colocando sobre su pecho la condecoración de Puebla, tan valientemente ganada en el campo de batalla.

El héroe del 5 de Mayo parecía dormir tranquilo el sueño eterno.

Junto á aquel féretro lloraba la patria al mas querido de sus hijos, y el genio del porvenir señalaba con su mano invisible el *Mediodía*, como el ángel del Apocalipsis.

De allí vendría la luz que mas tarde, como la aurora boreal de la independencia, caería á plomo sobre el suelo de la patria, extendiéndose en cortinajes de fuego, donde luciría en la solemne magestad de su apoteosis el estandarte nacional.

Manuel Mondoñedo se paseaba en su estancia profundamente inquieto, en espera de noticias.

Sabía que el general Zaragoza se hallaba en un estado alarmante, y esto traía preocupado al joven que amaba á su general con fanatismo.

La presencia de Doña Blanca de Borbón en la ciudad, arrojó una sospecha terrible en su alma: sabía que la condesa conspiraba sin descanso, pero nunca pudo imaginar que se extendiese hasta un atentado criminal é impío.

En el vértigo de aquel cerebro cruzó como hemos dicho una sospecha, creyó que la ambición de Doña Blanca podría haber-

la orillado á un crimen, pensó que viendo á aquella muger podría encontrar en su semblante, en su actitud, en sus palabras, algo que le revelase la verdad de cuanto pasaba.

El estudiante no queria hallar culpable á la Montemolin, había amado á la condesa con delirio, y su alma aun permanecia influenciada por aquel cariño que se habia amortiguado como el fuego de un volcan, pero que podia renacer en sus entrañas.

Sentia haber consagrado la existencia á un ser deforme y criminal; haber llegado hasta la locura en pos de una alma donde debian aparecer las manchas del crimen, era espantoso!

En el fondo de aquel corazon comenzaba á levantarse un sol mas puro, en las ilusiones de un nuevo amor.

El contacto con Eloisa, de cuyos ojos se desprendia un rayo purísimo de languidez y cuyo aliento era la brisa de las esperanzas, ejercia un atractivo poderoso en el alma lacerada del estudiante.

Este nuevo sentimiento, brotado como por encanto en medio de las angustias de su existencia, le prestaba valor para erigirse en juez severo de Doña Blanca, en el juicio avanzado de sus sospechas tenebrosas.

—Es necesario desgarrar este velo, tras el cual debe aparecer el asesino, decia Mondoñedo crispando las manos: yo arrancare el antifaz, y este cuadro encontrará por término un cadalso!---- no, es imposible, ella no atentaria á una existencia que acaso reserva el cielo para el bien de una nacion entera---- no, seria desafiar á Dios, insultarle, levantar una imprecacion impia desde el fondo de la tierra, que provocara la cólera celeste!---- pero la ambicion! gritó Mondoñedo, las pasiones que se desatan como un huracan en los mares del corazon pueden arrollarlo todo---- todo, hasta la existencia de un héroe---- yo, yo mismo le he dicho á ese muger, que por su amor arrastraria hasta un crimen---- profanacion!---- Dios me ha salvado, y acaso me destine para el castigo.

Abrio violentamente la puerta, atravesó los corredores, y llamo en la estancia de la Montemolin.

El sonido del asalto oprimia el estómago de Mondoñedo, que se sentia como un animal enjaulado en una jaula de fieras. La puerta se abrio, y la condesa se presento ante el estudiante.

Doña Blanca estaba á su vez inquieta, tenia en su mano una carta que acababa de recibir del campo de los franceses, y cuyo asunto era singular.

—Señora, decia la carta, cuando recibais estos renglones, el mundo de la política habrá hecho su revolucion: la existencia que tanto nos ha inquietado, es ya un tronco desprendido de sus raices; la suerte está con nosotros.—Adios.

—No comprendo nada, y sin embargo me horroriza el sentido infernal de estas palabras---- Creo percibir algo que me asusta tras estos renglores.

Abriose la puerta y aparecio siniestro el estudiante.

Doña Blanca dejo caer en el suelo la carta.

—Señora, dijo Mondoñedo, tomando el brazo de la condesa, se dice que el general Zaragoza está envenenado.

Doña Blanca dió un agudo grito, un rayo de luz habia caido sobre las frases de la carta.

—Conque es cierto! conque el general muere á vuestras manos, esclamó con torva voz el estudiante.

—No, no, esto es horrible! dejadme, yo puedo haber ambitionado, pero el aliento del crimen no ha pasado aun por mi corazon, yo os lo juro en nombre de Dios!

Mondoñedo se arrojó sobre la carta y la leyó con la rapidez con que atravesia un relámpago.

—Y qué decís, señora, ante esta acusacion?---- hablad, hablad; porque de aquí al cadalso hay un solo paso!

La condesa lanzó un grito de horror y desesperacion.

—Quién ha trazado estos renglones? decidlo por compasion,

yo os ruego que separéis de vuestra frente el rayo que la amenaza.

—Es un miserable aventurero interesado en los bonos de Jecker.

—Horror! horror! y vos habeis unido vuestros esfuerzos á los de ese infame, señora! sois el cómplice de un crimen horrible!

—Pero si yo no he sabido nada, nada sé todavía!

—Cómo borrar las palabras transparentes de esta carta?

—Por compasion, me asustais con vuestrás miradas, con
vuestro acento: creedme, caballero, soy inocente!

Oyóse la detonación de los cañones que anuncian la muerte de Zaragoza.

Doña Blanca y el estudiante se quedaron inmóviles como dos estatuas.

—Ha muerto! dijo al fin Doña Blanca con acento imperceptible.

—Muerto! repitió Mondoñedo, y un torrente de lágrimas comenzó a deslizarse por sus lívidas mejillas.

El reloj de la estancia dió pausadamente las diez.

CAPÍTULO IX.

De los funerales del general Zaragoza en la capital de la República

El cadáver del general Zaragoza fué embalsamado y expuesto a la expectación pública.

Toda la ciudad de Puebla acudió á saludar los restos mortales del héroe.

El presidente Juarez mandó que se le tributasesen los últimos honores en la capital.

Al abandonar el cadáver aquellos campos de gloria, le dejó por herencia su *nombre*, y la ciudad le dió su eterna despedida en los artículos de este decreto, emanacion de un justo sentimiento:

"Art. I.º Se declara ciudadano benemérito del Estado, en grado supremo, al héroe del memorable 5 de Mayo, general Ignacio Zaragoza.

"Art. 2.º Se erigirá un monumento en el lugar que se de-

signará despues, en memoria de la gloriosa jornada del 5 de Mayo y de su digno héroe.

"Art. 3.º Su nombre inmortal será inscrito con letras de oro en el salon de sesiones del H. congreso del Estado."

II.

El 12 de Setiembre, á las seis de la tarde, anunciaron los cañones que los restos mortales del general Zaragoza entraban en la ciudad.

Luego que se supo que estaba en la garita de San Lázaro, el pueblo acudió en masa á recibirlo, y personas de todas clases se empeñaron en conducirlo en hombros al salon de cabildo del Ayuntamiento.

Hombres, niños y mugeres se agolparon durante tres dias á contemplar aquellos restos venerados del héroe, y á dejarle coronas de flores y á llorar por la perdida que sufria la nación con el desaparecimiento del grande hombre.

Las banderas se pusieron á media asta y adornadas con lazos negros; la artillería se dejaba oír cada cuarto de hora y las armas del ejército estaban á la funerala.

Todo revelaba el duelo nacional.

Las demostraciones públicas no cesaban en sus manifestaciones de simpatía, la diputación permanente pidió al gobierno que por un decreto se inscribiese el nombre de Zaragoza en todas las ciudades y pueblos de la República.

Lerdo de Tejada, cuya voz hace tiempo que se escucha en todos los momentos de crisis nacional, dirigió sus proposiciones que el gobierno aceptó, y formuladas en ley cierran este capítulo.

¿Qué mas se podía hacer en memoria del general Zaragoza? Cómo demostrar mas vivamente el respeto y veneración de

un pueblo hacia uno de sus héroes? Cómo tributar mas homenajes al valor y la heroicidad?

Prosternarse delante de aquellas cenizas, invocar el nombre de la patria ante los manes del héroe, jurar defender aquella tumba, llamar al porvenir y hacerse digno imitador de las virtudes cívicas del caudillo, hé aquí lo que el pueblo mexicano hacia en aquellos momentos de suprema tribulación.

III.

El dia 13 de Setiembre, y á las once y media de la mañana, se reunió el cortejo fúnebre en las casas consistoriales para acompañar el cadáver del general Zaragoza al panteón de San Fernando.

Todas las casas de las calles del tránsito, tenían colgaduras fúnebres, y en muchas se veía entre laurales el nombre de Zaragoza ó la fecha histórica del 5 de Mayo.

Una gran multitud se agolpaba en la plaza y calles del tránsito por donde atravesaban las tropas que debían formar la columna de honor.

Se escuchaba el sonido apagado de los parches y las músicas á la sordina.

En la esquina de la calle de Plateros se levantó un arco triunfal, en cuya parte superior se leía de un lado la gran fecha memorable 5 de Mayo de 1862, y del otro se veía la efigie del caudillo entre trofeos militares.

Los pabellones del Perú y de los Estados de Colombia, estaban á media asta en las legaciones y consulado respectivo.

En la casa del ministro de Prusia, había cortinas con lazos enlutados.

A las doce en punto comenzó á organizarse la procesión frente á las casas consistoriales.

El cadáver del general fué bajado en hombros por sus ayudantes y colocado en el carro fúnebre.

Cinco batidores abrían aquella procesión de duelo.

En seguida marchaba el arrogante cuerpo de artillería con sus cañones enlutados y los caballos cubiertos con caparazones negros.

La ambulancia del ejército, vestida elegantemente, seguía en pos de los artilleros.

La guardia nacional, representada en cinco batallones, formaba el centro de la columna.

La guardia nacional hacia suya aquella ceremonia; porque Zaragoza había pertenecido siempre á ella, ya como jefe, ora como soldado.

La columna parecía haberse interrumpido, porque los batidores tornaron á aparecer seguidos de una compañía de carabineros.

El comandante general, con su Estado-Mayor, ocupaba el centro de la procesión, formando un gran grupo con todos los jefes y oficiales de la Mayoria de órdenes, precedidos de un batallón de nacionales y cuatro piezas de batalla.

Los asistentes del general traían por las riendas á los caballos de batalla del héroe.

Aquellos corceles habían cruzado entre las nubes de la metralla francesa, y ahora caminaban pausadamente tras el túmulo de su amo, estremeciéndose al ruido de la artillería que se escuchaba por intervalos como el postrero saludo de la vida en la soberbia ostentación de la grandeza humana.

Un destacamento de artillería cerraba la columna militar.

Los alumnos de las escuelas y colegios de la ciudad, puestos en dos bandas, precedían el carro fúnebre del general Zaragoza.

Aquella juventud recibía una ardiente lección de patriotismo en la cifra espantosa de aquel féretro.

Aquella caja mortuoria encerraba á la grandeza, en su faz heróica y generosa, de allí se desprendía la luz abrasadora del

patriotismo, de allí se levantaba esa llama siempre encendida de los recuerdos patrios.

Aquel cadáver hablaba al porvenir delante de una generación sobre cuya frente rugía la tormenta desencadenada de la conquista.

IV.

El túmulo iba rodeado del Estado-Mayor del general Zaragoza.

Aquella juventud valiente y decidida que había acompañado á su general en el combate, seguía apesadumbrada el cadáver de su caudillo.

Aquel grupo era la familia del bravo general.

Tras aquella urna que encerraba las cenizas del hombre de Mayo, seguía el espíritu siempre sereno y magestoso de Juárez, el hombre-roca para las vicisitudes políticas, el hombre coloso para las revoluciones.

Juárez se había manifestado sombríamente sereno en cuatro ceremonias fúnebres: vió los cadáveres ensangrentados de Valle, Degollado y Ocampo, el mas querido de sus ministros, asesinados por el puñal de la reacción; había jurado reparación sobre sus tumbas y la había obtenido completa.

Acompañó también á Lerdo de Tejada, el autor de la Reforma, herido por la muerte en los momentos en que iba á cederle su puesto en la dignidad mas elevada de la República.

Juárez caminaba tranquilo: bajo el broquel impenetrable de su serenidad, apenas pueden sospecharse las heridas de su alma.

El presidente iba entre sus ministros y seguido de la diputación permanente, el Ayuntamiento, los empleados de todas las oficinas, jueces, magistrados, junta patriótica y los clubs y asociaciones todas de la capital, y de un pueblo numeroso.

Llegó la procesión á San Fernando, en cuyo patio principal se levantó un catafalco magnífico, donde fué colocado el cadáver.

El Lic. Iglesias ocupó la tribuna, y la oración fúnebre más brillante fué pronunciada por los labios de ese hombre, con esa elegancia que lo distingue como uno de nuestros primeros talentos literarios.

Guillermo Prieto, el poeta popular, el vate de la juventud, el cantor de la patria, en cuya lira se encuentran las fibras mas dulces del sentimiento y los rasgos sublimes de la inspiracion, dejó oir sus acordes impregnados de ternura en la filosofia de la angustia humana.

El canto de Prieto á la muerte de Zaragoza, será la cruz de honor en las páginas de este libro.

EN LA MUERTE DEL HEROE DEL 5 DE MAYO.

¡Cádaver imponente! ¡espectro augusto!
Ser de la nada! ¡nada de la vida!
¡Qué pretendes de mí? ¡Tu labio abierto
Se ha reservado su postrér gemido
Para lanzarlo aquí, sublime muerto?
¡Eres una expiacion? ¡En su venganza
Quiso implacable el bárbaro destino
Hundir en el ocaso de la tumba
El sol consolador de la esperanza?

Ser de vindicación, no, tú no mueres;
¿Cómo morir tan bueno y tan amado?
¿Cómo morir, cuando eras la victoria?
¿Cómo morir el fuerte, el inspirado?
¿Cómo muere la fe? ¿cómo la gloria?

¡A dónde está el guerrero venturoso,
Relámpago al moverse, al herir rayo,
Que enarboló nuestro pendón hermoso,
Resplandeciente con el sol de Mayo?

¿Dónde el escollo está, que en la tormenta
Destronó con empuje diamantino
Las olas que inundaron á Magenta
Y que tiñó con sangre Solferino?

¡Por qué inmóvil estás, noble soldado,
Que al clamor de metal de tus cañones,
Presentaste del orbe á las naciones
El nombre de tu patria vindicado?
A tí el incienso del amor del pueblo:
A tí los rayos de su nueva aurora:
A tí los ecos de su cantos puros:
A tí el alma de su alma que te adora.

Esfuerzo de leon, alma de niño,
Despues de la campana turbulenta
Se inclinaba al herido con cariño,
Olvidando al verdugo de los suyos
Por honrar al valiente de Magenta.

Esfuerzo de leon, alma sublime,
Desprecia del contrario los ultrajes,
Y le repite al que entre hierros gime,

Libre eres como el aire, ¡oh prisionero!
Así es como se vengan los salvajes.
¡Cómo perderte así! Luego modesto
Detrás de tus legiones te escondias,
Como sereno sol tras los celajes
Recoge sus divinos resplandores,
Y los viste de mágicos colores
Dejando solo adivinar su frente,

O como ola potente
Que después de su curso turbulento,
Se aduerme en un remanso transparente
Y allí humilde retrata el firmamento.

Cadáver inflexible, ojo sin vida,
¡Qué pretendo de mí? ¡No ves que mi alma
Tiembla entre mis entrañas de quebranto?
¡No esta mi voz, que incrédulo divago,
La sientes empapada con mi llanto?
¡Quién razona el dolor? ¡Quién es quien puede
Decir al corazón, oye, medita,
Cuando está desbordándose en gemidos
El intenso dolor que al pecho agita?

Patria, patria de lágrimas, mi patria,
Basta ya, basta ya; mira tu cáliz
Con sangre de tus héroes rebosando;
Madre infeliz, las tumbas de tus hijos,
Como de carne humana, están sangrando.

Alza esa frente á tu dolor rendido;
Retira de tus ojos el cabello,
Y grande en tu dolor, águila herida,
Que te halle el infortunio erguido el cuello.

Grande es tu corazón, linda tu frente;
Esfuerza tu valor, renueva el brío,
Que aun tienen sangre que verter las venas,
Que aun flotan tus banderas en Oriente,

Que aun ha de hallar el invasor impío
Quien á los tigres de África escarmiente.

¡Ese cadáver ves? Fué que Dios quiso
Consagrarse con la muerte tanta gloria,
Y que ese nombre fuera para el pueblo
Un canto de victoria!!!!

¡Ese cadáver ves? Un laurel era
En medio del terror de la matanza;
Pues Dios le trajo á sí, para que fuera
En los cielos un astro de esperanza.

¡Ese cadáver ves? Era un caudillo
Pues Dios le trasformó, le dió su brillo,
Y al envolvernos el presente oscuro,
Esa tumba hablará, dirá á los pueblos: México, vencerás: fe en el futuro!

Y tú allí estás, cadáver impasible,
Tenaz despojo que mi vista espanta.
¡Miente la realidad? ¡Pues por qué creo
Que á marchar con sus huestes se levanta?
¡Horrible delirar! barca atrevida
Que burló los escollos altanera,
Y que á un revés del inconstante viento
Inútil flota en las inquietas olas.
¡Horrible delirar! Ayer le viste
Méjico ufana, atravesar gozoso
Tus calles de palacios, trascendiendo
De heroísmo y juventud. Ayer le viste
Ardiente en el festín alzar su copa,
Y al brindar por tu nombre y tu decoro
¡Oh patria! y por tu próspero destino,
Esos ojos sin luz, derramar lloro
Sobre la llama del hirviente vino!

Ayer le viste tú, madre amorosa,
Hoy bulto de dolor, muger de llanto,

Inclinando su frente victoriosa
 Para besar tu mano con encanto:
 Ayer feliz dejabas en su frente
 Como una bendicion tu ósculo amante,
 Y cual vibra en el aura la armonía,
 Como la flor se goza en su perfume,
 Al decirte su acento un *madre mia*,
 De delicia tu ser se estremecía
 Como hora de tormento se consume----
 Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
 Paloma que en su nido de laureles
 Vino el destino á herir---- ave que en vano
 Huérfsana busca su tronchada rama;
 Colibrí que revuela sin consuelo
 Junto á la flor marchita: Dios proteja
 Con la sombra de su ala tu inocencia.
 Flor del alma de un héroe, el pueblo ampare
 Con culto agradecido tu existencia.
 Y el cadáver allí---- ¡por qué no inclinas
 Tu faz al pueblo, herido por su queja?
 Hombre pueblo eras tú, cuando aspirabas
 En tu horizonte inmenso su grandeza,
 Tú eras su corazon, tú palpitabas,
 Con la invencible fé de su entereza!
 Hombre pueblo eras tú; si en el combate
 Rasgando el viento horrenda la metralla
 De mortífero bronce la muralla
 A tu impetuoso rayo se oponía,
 A tu voz entre gritos de contento,
 El pueblo la muralla derretía.
 Idolo de nosotros la canalla,
 La fé brilló sobre tu excelsa frente,
 Desde que osado el criminal pirata
 Profanó con sus plantas nuestro Oriente.

Fé, mirada del alma, excelsa altura
 Que abarca el porvenir: llama encendida
 Como faro en los mares de la vida;
 Fé, brazo omnipotente, que doblega
 La misma furia del falaz destino;
 Fé, soplo del Señor---- fé, rumbo cierto
 Que lleva al marinero combatido
 Al seno amigo del seguro puerto----
 Fé, mira tu hijo allí---- cuando el presagio
 De muerte y destrucción nos presentaba
 La derrota en combates imposibles,
 Tu esfuerzo al hombre pueblo trasformaba
 En vencedor sublime de invencibles
 Y dijo Dios: morid; que la tiniebla
 Envuelva para siempre esa existencia,
 Y que no haya mortal que decir pueda,
 Yo hundí en la fosa al defensor de Puebla.
 Héroe de Mayo, adios: esos valientes
 Que te llamaron generoso amigo,
 Que el pan de la miseria y la desdicha
 Partieron ¡ay! contigo
 Por vez primera derramaron llanto!!
 Esas banderas, del guerrero gala,
 Que en cauda de íris desplegó el ambiente
 Qué símbolo de amor nos legó Iguala,
 Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
 Se inclinaron dolientes como sauces
 Y se cubrieron con crespon de duelo,
 Esos monstruos de bronce, que la muerte
 Llevaron implacable en sus entrañas,
 Despertaron el eco en las montañas
 Que temblaron oyendo sus gemidos.
 Idolo del soldado, su confianza,
 Su jefe, su querer, su alma, su pompa,

Tu nombre oirás al resonar la trompa
Como himno de victoria y de esperanza!
Y el cadáver allí ---- prorumpe, clama
Con voz de tempestad y de torrente,
Que se propague en la ala de la llama,
Que abrace de Colon el continente:

Pueblos, en pié; á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riega sangre de tiranos.

Pueblos, en pié, y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío,
Y odio mire la Cumbre de Quendío
Y odio alumbré terrible el Chimborazo.
Pueblo, hoguera de espíritus mas grande
En que Dios hace palpitar la vida,
Pueblo, huracan terrible y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz ---- Tu imperio sea,
Aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea!

Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere
Amor de hermanos, odio á los traidores,
Yo os enseñé a vencer ---- cómo se muere
Enseñad á los viles invasores.

Los lábios de mi tumba gritan guerra,
Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra al perverso inquietador del mundo,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbré el dia.

Bajó Prieto de la tribuna, disolvióse el cortejo fúnebre, las
tropas desfilaron, y los restos mortales de Zaragoza, expuestos

por algunas horas mas en el cementerio de San Fernando, bajaron á la última morada donde duermen tranquilos el sueño eterno.

— Declaro en nombre de los Estados Unidos Mexicanos, BENEMÉRITO DE LA PATRIÁ EN GRADO HERÓICO, al C. general Ignacio Zaragoza.

VI. Juarez, desde el asiento elevado de la magistratura suprema de la República, pronunció estas palabras, como la grandiosa manifestacion de la gratitud de un pueblo.

— Declaro en nombre de los Estados Unidos Mexicanos, BENEMÉRITO DE LA PATRIÁ EN GRADO HERÓICO, al C. general Ignacio Zaragoza.

Declaro que mereció el ascenso al empleo de general de division, y se le considerará con tal carácter desde el dia 5 de Mayo del corriente año, por los eminentes servicios que prestó á la nacion en la guerra actual contra el invasor extrangero, y principalmente por el triunfo obtenido contra él en el dia mencionado.

Como muestra de reconocimiento nacional, se dota á la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de CIEN MIL pesos, que se le entregarán en bienes nacionalizados; y mientras esto no se efectúe, se le asigna una pension anual de SEIS MIL pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporcion que los concernientes á la guarnicion de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

En los mismos términos se satisfará á la señora madre del general, una pension vitalicia de TRES MIL pesos anuales, y á las señoras sus hermanas, pensiones de la misma clase, que unidas, sumen tres mil pesos anuales.